



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades Y Altezas.

AÑO III.

1 Marzo 1866.

NÚM. 9.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre. — 54 seis meses. — 66 año.

**EN PROVINCIAS**

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80.  
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.

AMERICA Y ASIA. 8 á 13 pesos año.

**POR COMISIONADO.**

Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84.  
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-RICO. 7 ps.  
AMERICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.

**REDACCION.**

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

**ADMINISTRACIONES.**

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

**PUNTOS DE SUSCRICION.**

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

**PROVINCIAS.**

Casa de los corresponsales y administraciones de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.

**SUMARIO.**

Augusto Mariette, Director de los monumentos históricos en Egipto.—Correo de Madrid, por D. A. Alcalde Valladares.—La sorpresa, por El Solitario.—Escala vegetal, por D. Peregrin Garcia Cadena.—Baile dado en París por el ministro de Marina.—Diógenes.—Recort, (poesía) por D. Felix Piscueta.—Traduccion, (poesía) por D. Terencio Atard.—Del origen de las cofradías ó hermandades religiosas, por Don C. Arellano.—A Celia, (soneto) por Don Dámaso Delgado Lopez.—Las madrastras, por D. Antonio de Trueba.—Cañon Whitworth.

**Grabados.** Augusto Mariette.—Baile dado en París por el ministro de Marina.—Diógenes.—Cañon Whitworth.

**AUGUSTO MARIETTE,**

Director de los monumentos históricos en Egipto.

Mr. Mariette, profesor en *Boulogne sur-Mer*, su pais natal, fue llamado á París, para que contribuyese como auxiliar á la formacion del catálogo del Museo egipcio del Louvre. Llevada á cabo esta comision, fue enviado á Egipto por el gobierno francés, para que tratase de hacer algunas indagaciones sobre los papiros.

Durante este viage hizo notables descubrimientos en las escavaciones de Menfis. A su vuelta á Francia, el principe Napoleon le encargó una nueva comision para Egipto; cuyo



AUGUSTO MARIETTE.

desempeño le valió el conquistarse un renombre glorioso en todo el mundo científico.

**CORREO DE MADRID.**

*Fin del Carnaval.*—Mascarada continua.—Nada de la vida.—Sentencia de Jeremias.—Desengaños de Madrid.—Ilusiones de la juventud.—Tertulias literarias.—Loma y Corzo.—El último sábado.—Poetas.—Vuelo de la literatura.—Melchor de Palau.—Sus cantares.—Su porvenir.—San Juan.—Su comedia titulada *DULCES CADENAS*.

Ha pasado el Carnaval, con sus bailes, sus bromas, sus bacanales...

Sus máscaras no han pasado.

Estamos en la creencia de que estas durarán hasta el valle de Josafat.

¡Oh! y qué triste verdad es esta.

En medio del bullicio y la algazara de esos alegres dias, á veces se siente el corazon mas comprimido y el alma mas dolorida.

Parece que aquella misma expansion hierde nuestras fibras con melancólicos recuerdos.

La felicidad apenas tiene espacio en los ámbitos del mundo para tender sus esplendentes alas, y los que en pos de sus fulgores sacrifican la flor de su juventud, encuentran al cabo la sombra del desengaño.



Y eso cuando no recojen dos mentiras por cada verdad que siembran.

¿Hay algun placer, hay alguna felicidad, hay alguna ventura en la tierra que no sea amargada por la fuerza del destino que, como la mano del festin de Baltasar, vá escribiendo por do quiera nuestra sentencia de muerte?

Ahi está el Carnaval; ved lo que significa.

En medio de sus orgías, en medio de sus glorias, en medio de sus locuras, nos enseña la verdad de lo que somos.

*Memento homo quia pulvis est et in pulverem reverteris.*

—¡Tiene V. divinas ilusiones! me decian hace poco cuando concentraba mis ilusiones en la ceniza....

¿Y no es verdad? ¡Ceniza! ¡Polvo! ¡Viento!....

Hé ahí las ilusiones de la tierra.

Hé ahí los afanes del mundo, los trabajos é inquietudes del alma.

¿Qué importa que uno se llame feliz, qué importa que lo parezca, ni qué importa que lo sea, si siempre tiene ante sus ojos la nada de donde vino?

*Et movientur grandes et parvi in terra ista.....*

¡Quién no tiembla ante esta sentencia de Jeremías!

—¡Tiene V. divinas ilusiones!

Detrás de estos recuerdos dolorosos mírese asomar la escéptica figura de Madrid....

¿Y puede haber ilusiones?

¿Cabe en este descreído recinto ni un átomo de esperanza, ni una sombra de porvenir?

Aquí la vida es un perpétuo combate entre el cinismo y la desvergüenza.

Es un incesante martirio para las almas nobles y generosas poco avezadas al desden y el desenfado de la época actual.

Y sin embargo, hay quien lucha y se hace paso por este camino de abrojos y sinsabores.

Hay jóvenes que se presentan con la visera alzada y armados de punta en blanco, desafiando este enemigo comun de la virtud, la inteligencia y el sentimiento.

Así, en medio de este materialismo, en medio del positivo carácter del siglo, se ven almas limpias de todo bastardo pensamiento.

Aun hay mas que bailes, saraos, orgías, tertulias y chismografía.

Aun hay teatros donde entre conocidos y aplaudidos escritores salen otros que nadie los conoce y sin embargo son aplaudidos.

Aun quedan jóvenes entusiastas por nuestras letras que consagran en sus gabinetes un templo dedicado á su culto y su enaltecimiento.

Los jueves recibe á sus amigos escritores, D. Luis Loma y Corradi, y allí, en su modesto retiro, se rinde á las musas una adoracion tan sencilla como elocuente.

Allí empiezan á despuntar en el horizonte de la literatura, estrellas puras y transparentes que tal vez mañana aparecerán como soles esplendorosos.

D. Antonio Corzo y Barrera, conocido ventajosamente como el Sr. Loma en la república de las letras, tambien tiene en su hogar un verdadero santuario donde se respetan y acatan á nuestros buenos escritores y se les tiende una mano y se alientan á los jóvenes de esperanza.

Allí los sábados, se saborean muchas bellezas literarias que honran á sus autores en medio de nuestro descreimiento y nuestro abandono.

Allí se pasan las noches consagrados, si no á levantar el vuelo de nuestras letras, á mantener vivos su culto y su adoracion.

El último sábado, á pesar de que en aquella noche sucedia un verdadero acontecimiento literario, muchos jóvenes, mientras se egecutaba la tragedia del malogrado Ventura de la Vega, *La muerte de César*, se entregaban al solaz que prestan siempre los aplausos de la amistad al mérito literario.

El Sr. Corzo con su distinguida galantería abria sus puertas á sus amigos y les preparaba una noche de esas

que nunca se olvidan ni aun cuando el frio de la vejez venga á entibiar los sentimientos del alma.

Allí vimos reunidos entre escritores á quienes el público hace continuamente justicia, otros de indisputable talento que empiezan á abrirse camino por el espinoso campo de nuestra literatura.

Allí oimos al niño Jesus Rodriguez recitar sus sonoros versos.

Aquel torrente de armonía emanada de un alma infantil que pisa casi el dintel de la vida resonó en nuestro corazon como el arpa del querube.

Allí leyeron preciosos artículos y escelentes poesías los señores Bosco y Serrano, Sierra, Rubí, Alcántara, García, Bisso, Ballesteros, Grilo, Tejada, Vida, Guiteras, Palau, y otros que no recordamos.

Vamos, sin embargo, á aprovechar esta ocasion para decir cuatro palabras sobre uno de los jóvenes que podemos decir ha brotado de estas reuniones.

Seríamos ingratos si no prestásemos nuestra débil pluma al que ha sabido interpretar los sentimientos de nuestro pueblo con tanta verdad, tanto dolor y tanta ternura.

Sus *cantares* son nuestras quejas y nuestros dolores, poetizados por su fresca imaginacion.

Desde luego se comprenderá que hablamos del señor Melchor de Palau.

De quien dice Cañete en el prólogo, «que bastará leer algunos de sus preciosos *cantares* para reputarle desde luego por verdadero poeta.»

Sentada junto á la mar  
Iba diciendo sus penas;  
Y al preguntarle yo cuántas  
Me señalaba la arena.

Son las plegarias y el llanto  
Que el hombre eleva al Eterno,  
Escalones con que forma  
Una escala que vá al cielo.

Si ves las flores mojadas  
No lo achagues al rocío:  
Son lágrimas que mis ojos  
Por tu desden han vertido.

Hé aquí los destellos de un alma juvenil y candorosa que rebosa ternura y casi desencanto.

¡Desencanto á los veinte y dos años!

¡Oh! mucho le quedaria que sufrir á Palau si desde los albores de su vida llorase ya desengaños é ingrati- tudes.

Palau, á pesar de todo, abre su corazon de vez en cuando al fulgor de las ilusiones y esclama:

De la mar en las playas  
Junto á las olas  
Te encontré, hermosa niña,  
Cogiendo conchas.  
Entre la arena  
Tú una concha buscabas,  
Yo hallé una perla.

¿A qué seguir?

Tendríamos que copiar los 226 *cantares* que tiene el libro y eso nos es imposible.

Nosotros saludamos cordialmente á Palau por su noble aparicion como una nueva estrella en el límpido cielo de nuestras letras.

Quisiéramos dedicar unas cuantas líneas á otro joven que ha inaugurado su carrera de un modo brillante y arrebatador, pero ni la índole de nuestra revista, ni nuestra mision, ni el tiempo, ni el espacio nos permiten otra cosa.

Repetiremos solo el nombre de D. Luis San Juan, autor de *Dulces cadenas*, y dejaremos al justamente reputado crítico Rosa Gonzalez que cuente con la magia de su pluma su reciente y merecido triunfo.

A. ALCALDE VALLADARES.

Madrid 27 de Febrero de 1866.

## LA SORPRESA.

### I.

—A ello, mi buen page, ¿qué descompostura es esa? ¿Qué lágrimas te se agolpan á los ojos? Tu caballo viene cansado, tu caballo á par de los míos, hijo del viento, jamás vencido ni en la carrera ni por la fatiga ¿cómo se rinde al acicate?... Pero tu señora, la amada de mi corazon ¿qué hace? ¿qué nuevas me envía? El alzamiento de esos moriscos no habrá por ventura ganado todavía las esperanzas de Orgiva, y presto, presto, mi buen amigo el marqués de Mondejar, con sus tercios y caballeros y yo con ellos, iremos á poner en seguro aquella villa y á castigar la desenvoltura y las maldades de esos descreídos: pero nuevas, nuevas te pido de tu señora.

—A caballo, á caballo, señor; hace tres noches que los moriscos de tu alcaldía se alzaron: los sebaniscos y monfés de las taas vecinas acaudillados por Aben-Farax entraron de rebato en la villa: los moriscos, que sin duda estaban de concierto con él, se le unieron, y apenas los cristianos viejos y la gente de tu casa pudieron recoger- nos al castillo, aportillado por todas partes desde las guerras pasadas.

—¡Aben-Farax! ese del linage de los antiguos aben- cerrages que creyó con tales títulos, y por su destreza en las cañas, parejas, y zurizas poder alzar los ojos á tu señora, á mi Elvira: á caballo, á caballo, mi buen page: el castillo mantendrá todavía, los continuos de mi casa son resueltos: y por defender á su señora, por vengar los ultrages hechos á la cruz, ¿qué no harán? A caballo, á caballo, mi buen page; síganme mi amigos y escuderos: en pocas horas estaremos en Orgiva, y de cerca nos seguirá el marqués: nosotros libraremos la villa y juntos vengaremos la sangre de los mártires; castigaremos la rebelion de esos descreídos.

—A caballo, á caballo, mi señor: alas del pensamiento fueran tardas para nuestra empresa: heme aquí las vestiduras rasgadas de los tiros de ballesta y no cabales los plumages del sombrero al sehilan de la lanza de Aben-Farax. Cuando salí por los muros aportillados para traeros tan malas nuevas, ya los moriscos se mejora- ban en ellos: ya los cristianos que se recogieron en la iglesia, inflamada la torre, y forzadas las puertas habian caído en manos de los alzados, sufriendo mil lástimas y martirios horribos: al trasponer los oteros de la villa, corriendo, corriendo en mi caballo como el viene to, la vocería de los bárbaros, y el crugir de la arcabucería me hizo mirar atrás, ya los ví cabalgar unos sobre los adarbes: otros llevando por delante los cris- tianos cautivos, desviar así los golpes y tiros de lo- nuestros, y todos á punto ya de entrar en el último recinto. Al llegar yo á los muros de Granada, al tocar los umbrales de tu palacio, ya he dado la voz de alar- ma por todas partes, y á tales nuevas, ya los caballeros de la ciudad te esperan para que los lleves á libertar á Doña Elvira, ya que para mas no sea tiempo: pues toda la tierra anda ya alzada y no hay tiempo para mas.

—A caballo, á caballo, caballeros y escuderos: á ca- ballo, á caballo.

Ya briosos D. Lope y su page  
Cojen saltando al aire al arzon:  
Ya cabalgan y al son de añafles  
Siguen en silencio el noble escuadron.

### II.

—La torre de Orgiva defendiase aun, y los moriscos que ponian gran precio en rendirla, la combatian con teson y rabia, y bien que los sitiados les herian á mu- chos y mataban á no pocos, no por eso desistían y aflo- jaban en su intento. Para llevarlo á cabo dispusieron dos mantas de fuertes maderos resguardados por arriba con lana mojada y otros aprestos, para que allegados á los muros por ruedas, al abrigo de ellas poder picarlos, apuntarlos, y pegando despues fuego á todo el aparato con tascos y cáñamo untado con aceite que para el caso



llevaban, desplomar y dar con la torre en el suelo, única defensa que ya quedaba á los cristianos. Antes de que estuviese á punto una de las mantas, lograron los sitiados ponerla fuego, pero la otra llegó á fin y todo apresto y con ella comenzaron á batir la torre. Los bárbaros capitaneados por Aben-Farax y á salvo de las armas arrojadas de los cristianos por ir dentro de aquella máquina, llegaron hasta el muro y luego comenzaron á picarlo y cavarle desesperadamente. Las defensas de los sitiados poco ó ningún efecto hacían en aquella techumbre que rechazaba el fuego y resistía á las piedras que sobre ella caían: el peligro se aumentaba, subía al cielo la vocería de los bárbaros, y crecía la zozobra de los combatidos cristianos....

—Leandro, Leandro, dice uno de los sitiados, no vale tener ojo para matar con el arcabuz al ciervo que corre, ó al moro que acecha, sino lo tiene ahora para aportillar la cubierta de la manta por aquel pedazo de lienzo que se deja ver entre la lana y los colchones. Si por allí abrimos un razonable portillo que deje llegar sin interposición resguardo á la cabeza de esos retajados, las misivas y recados de nuestro brazo, el aceite hirviendo y otros regalillos que preparan estas mugeres, ya pudieran muchos de ellos quedar ahí al pié del muro en lugar de la piedra que han derribado y tendríamos gran lumbrada esta noche con el fuego de esa endiablada máquina.

—Dame, Vilches, la cabeza de un moro á cien pasos, que la pelota de mi alcabuz la cortará tan á cercen como la que te hizo dejar olvidada en el buen país de Flandes esa pierna que te falta. Pero ten presente que la pelota orada pero no rasga; ¿y qué diablos mejoraríamos con plantar un agujero de criba en esa techumbre? Una buena piedra, arrojada con brío, que rasgue en largo y que dé en blanco para otras de mayor calibre, que ensanchen mas y mas la brecha, eso es lo que conviene.

—Pues, Leandro, esa empresa me toca á mí. Para ti el prez del blanco con arcabuz y ballesta, pero el de la piedra guárdese para tu amigo Vilches que á cien pasos sabe mancornar un toro y á veces hacer bajar por el aire á las pintadas perdices.

—Veamos pruebas de tu buena destreza y hagamos de manera que pueda tener fruto la embajada de Tello y el socorro que presto nos traerá nuestro D. Lope: mejor que piedras son los mazares que están en el zaquizami, preparados para la obra de la capilla. Al ir por ellos cuenta con no asustar á Doña Elvira, que ora por nosotros con sus dueñas y doncellas. Al representármela tan afligida, tan hermosa, tan celestial, mi odio á esos moriscos se redobra....

—El mejor éxito coronó esta empresa: cuando los moriscos mas afamados estaban en picar el muro y cuando mas cerca estaban de su triunfo, un brazo vigoroso disparó al canto un ladrillo que rasgó por entre la lana parte del lienzo de la techumbre. Los cristianos que ponían toda su salvación en aquel azar, agolparon allí gran bálago de piedras que ensancharon la brecha lo bastante para dar paso á los tiros y golpes. Los moriscos, ciegos de rabia, sin repararse en nada, ni desistían ni aflojaban. Pero el aceite hirviendo, los tascos inflamados del cáñamo que caían y el comenzar ya á cebarse el fuego en todo aquel andamio, pudo mas que la desesperación, y dejando aquí muchos muertos de los suyos y allá otros heridos que eran pasto del incendio ó blanco de los de la muralla, hubieron de tocar retirada. Por el campo se oían los alaridos de la rabia, en el muro los gritos del triunfo, y al caer la tarde, cuando se apagaba ya el fragor de las armas y el bullicio de la pelea, se alzaban por aquellos ámbitos las voces temerosas y servientes de las que oraban en la capilla.

## III.

Mi esperanza y mi alegría  
Solo cifro en ti, María.  
¿Tú no fuistes  
Siempre albergue de los tristes?

Venzo siempre los temores  
Del martirio y sus horrores,  
Los enojos  
Cuando vuelvo á ti los ojos.  
Rica y noble, tierna esposa  
Desgraciada como hermosa,  
Triste muero,  
Sin ver antes al que espero.  
Tu D. Lope, dulce esposo,  
En la lid tan animoso,  
¿Cuántos daños  
En la flor de nuestros años!  
A mí, triste en esta torre,  
Nadie, nadie me socorre,  
Tú en Granada  
Elvira de ti apartada!...  
Si yo muero, desde el cielo  
Rogaré con fuego y celo  
Que María  
Sea tu ayuda, estrella y guía.  
Si á librarme tú vinieras  
Relumbrando en esas eras  
Con tu empresa,  
¿Oh cuál fuera mi sorpresa!

Tello, Tello, la voz de tu señora que sus plegarias envía al cielo en los primeros albores de la mañana; ¡qué sorpresa, qué placer será el suyo al ver cumplidos sus votos y que se mire estrechada entre los brazos de su esposo y libertador! Tello, las mangas de alcabuceros despejen las crestas de esos montes, de los moriscos que quieran herir á los tercios que trae el de Mondéjar: los ginetes corran la tierra persiguiendo á los moriscos que huyen por Benizalte y Cañar y venguen en ellos las atrocidades y martirios hechos en los cristianos: yo arrendando el caballo en estos espinos y descubriéndome á los centinelas, voy á llevar á Elvira con mi persona, la primera nueva de mi llegada y de su libertad, para mayor y mas dulce sorpresa suya.

EL SOLITARIO.

## ESCALA VEGETAL.

## IX.

Poco despues los dos amigos, cómodamente arrellanados en dos butacas junto á una ventana que daba al jardín y por la cual penetraban en la sala los efluvios olorosos de la flora primaveral, se pusieron el uno á leer y el otro á escuchar atentamente el anuario de Enriqueta, que empezaba de este modo:

Enriqueta á Dolores.

No sé cómo explicarte mi situación. El lenguaje que aprendemos en los salones nosotras las mugeres fútiles y realistas de la sociedad actual, no sirve para espresar el nuevo orden de cosas y de sensaciones en que estoy engolfada.

A cualquiera otra muger le bastaría decir: —«Me he casado con Carlos y soy feliz.» Con estas solas palabras explicaría suficientemente que su marido la amaba á la manera que los maridos que vemos todos los dias aman á sus mugeres, que la mimaba, que la complacia, que procuraba anticiparse á sus deseos, etc. etc.; es decir, que ejercía con ella todos aquellos deberes que en la esfera normal y ordinaria del matrimonio se consideran como la manifestación positiva y práctica del afecto.

Yo, amiga mía, no puedo espresarme de ese modo: la fórmula vulgar no se ha hecho para mí; la felicidad que me ha cabido en suerte se sale del molde ordinario, y ninguna de esas frases admitidas cuya significación el sentido común se encarga de ampliar, te daría cabal idea de lo que por mí está pasando.

¿Soy una muger del siglo XIX ó una heroína de los tiempos caballerescos? ¿Soy la Enriqueta del Prado y del teatro Real, ó un alma trasmigrada que resucita la dinastía espiritualista de las Matildes y las Isolinas? Y si

la duda no fuera una inmodestia que la adoración de que soy objeto no ha logrado infundirme todavía, momentos hay en que me preguntaría á mí misma: ¿Soy una criatura de este mundo ó un sér colocado en la esfera superior en que deben estar las hadas, las péris y demás heroínas de los cuentos maravillosos?

Confieso que muchas veces me causa rubor ese culto entusiasta y poético, tan superior á mi escaso merecimiento y que solo podría justificar un espiritismo que yo no poseo ni está en la manera de ser de las mugeres educadas en los salones de nuestra sociedad. El incienso me embriaga; pero hay en el éxtasis un fondo de malestar inexplicable y que solo puedo atribuir al temor de caer de mi altar, si algun día la fe ciega abre los ojos y comprende que soy un falso dios.

Porque la verdad es, Dolores mía, que yo no he hecho nada para merecer ese amor entusiasta que desdén toda manifestación común y usual, como si la creyera indigna del objeto adorado. ¡Yo, cortesana fútil de la moda, docta en la ciencia trivial del tocador; yo, mas habituada á la charla de los salones que al mudo lenguaje de la contemplación; yo, que he puesto los cinco sentidos en descifrar un dibujo de *crochet* y armonizar los colores de un traje; yo que he hecho un estudio serio sobre el arte de arreglar los pliegues de mi vestido sobre el asiento de una victoria ó de un cupé; yo que me he creído la muger mas desgraciada del mundo, porque una noche, á la hora del teatro, me he encontrado sin polvos de arroz de mi fabricante parisien; yo que en cierta ocasión no he podido tender la mano á la caridad porque la modista no me habia concluido un traje para asistir á la cuestación; yo que he sentido latir mi corazón al pensar que se acercaba el momento de bailar una polka!... ¡Yo, hija evaporada y frívola del siglo de las luces; yo tratada como una diosa; yo exaltada y glorificada sobre las demás mugeres; yo vistiendo por único traje la blanca túnica de la virgen de Underlac!....

Confiesa, Dolores mía, que debo beber con asombro y hasta con miedo el cáliz de mi felicidad.

Mi casamiento parece cosa de sueño. No sabré decirte á punto fijo cómo ha ocurrido; solo sé que al alejarme del altar desde el cual dirigimos un suspiro de cariño al pasado y una mirada de temor al porvenir, me encontré en un coche del camino de hierro.

Carlos estaba en éxtasis delante de mí.

El crepúsculo incierto de la mañana hacia fluctuar la vista en un horizonte indeciso, confuso; tan confuso é indeciso como mi pensamiento en aquella hora solemne.

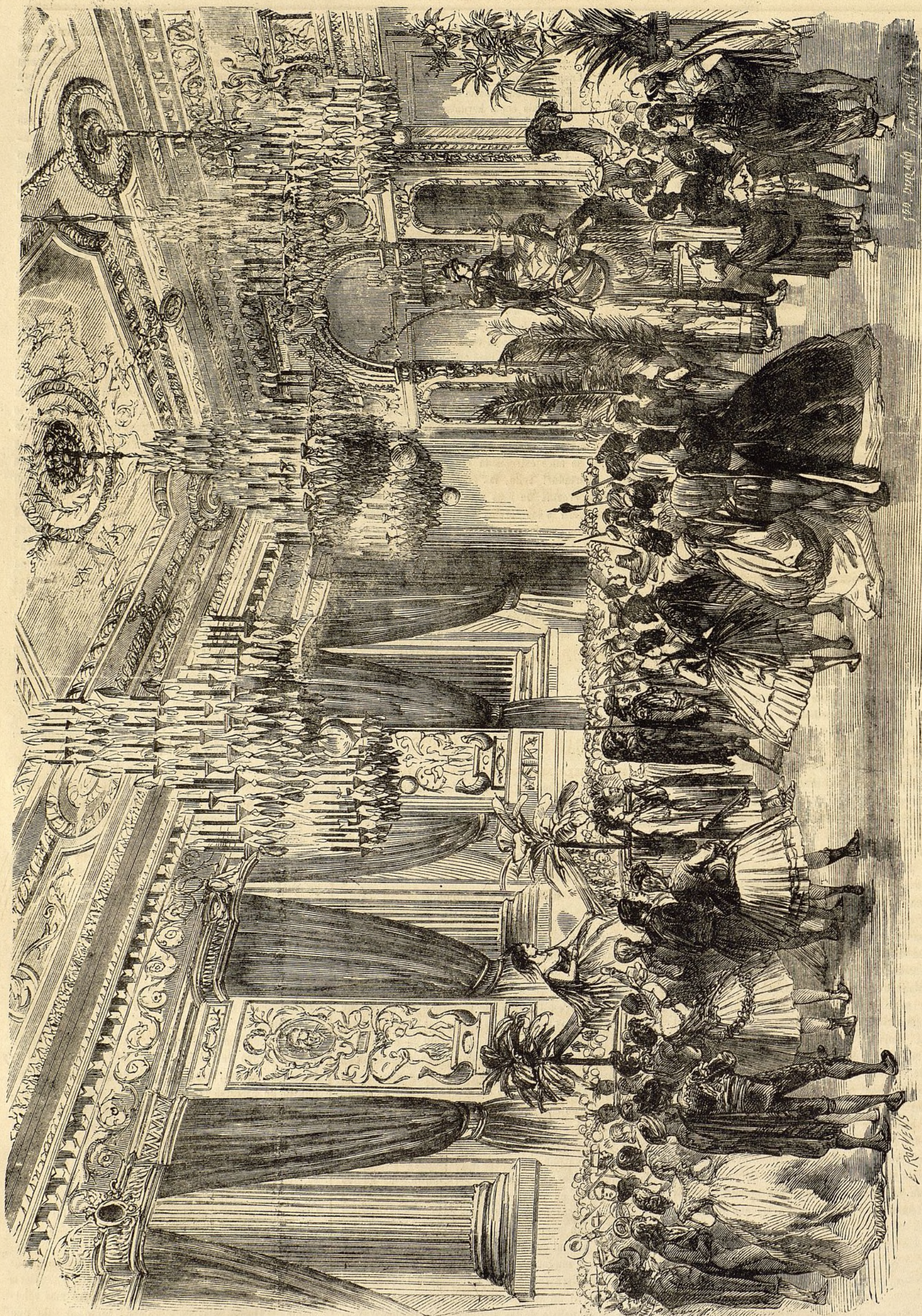
Carlos guardaba un silencio de encantado: sus ojos azules, lánguidos y enamorados vagaban en el espacio, como si me adorasen por reflejo, como si el cuerpo que tenían delante no fuese mas que el negativo de una imagen positiva, diáfana y sobrehumana, visible para ellos en la transparencia del aire.

¿Crearás que en medio de la turbación de mi espíritu sentí en mi corazón como un latido de despecho? ¿Crearás que casi tuve la osadía de dirigir la palabra á Carlos y romper la última tregua que me concedía su contemplación entre mi existencia de niña y mi existencia de muger?

Mi enojo no fue duradero: Carlos despertó de su éxtasis, cayó de rodillas á mis piés, y cubriendo de besos mis manos, me reintegró de su silencio con un diluvio de palabras tan vehementes, tan apasionadas, tan escéntricas (si no es una ingratitud esta calificación en pago de tanto amor), que llegaron á producirme una especie de vértigo. Y en medio de este arranque de entusiasmo, Carlos abrió una cajita preciosa de que no se separa nunca; sacó un ramo de violetas marchitas que le di esta primavera, y no puedo espresar con palabras las demostraciones de cariño que prodigó á aquellas pobres flores agostadas, objetos para él de ciega idolatría.

Quince dias han pasado sin moderar las alternativas de esa pasión que vá de un extremo á otro y despierta del éxtasis para entregarse á los trasportes mas vehementes. ¡Quince dias en el campo, junto al sitio que





BAILE DADO EN PARIS POR EL MINISTRO DE MARINA.

tú a  
entre  
pírita  
vivin  
¿  
crista  
ger q  
pens  
turb  
y cre  
es p  
esa  
¿  
mia,  
de m  
sabe  
novel  
D  
de m  
de la  
mia!  
la m  
piens  
bien  
ha pe  
precie  
parte  
de d  
desta  
del f  
Euro  
tralia  
• •





DIÓGENES.

tú acabas de habitar, entre cielo y tierra, es decir, entre el amor poético de Carlos y la obsesión del espíritu maligno, positivista y frívolo del siglo en que vivimos!...

¿Qué será de mí? ¿Carlos romperá algún día ese cristal mágico?... ¿Echará de ver el vacío de la mujer que tiene á su lado?... ¡Ay, Dolores mía! no quiero pensar en eso. Creo á veces que una excesiva modestia turba mi felicidad. ¿No vale mas henchirse de soberbia y creer que cuando mi marido me ama de ese modo es porque encuentra en mí algo que inspire y satisfaga esa pasión ideal?

¿Quién sabe?... (En este ¿quién sabe?, Dolores mía, cabe hasta el fenómeno.) Estoy dispuesta á poner de mi parte cuanto el cariño me sugiera... y ¿quién sabe, repito, si llegará mi amor conyugal á las alturas novelescas de Carlos?

Debes conocer el nido de amores donde paso la luna de miel. Es una casa de campo situada á media legua de la tuya.... Una sorpresa de Carlos. ¡Ay amiga mía! los poetas son una familia de egoístas. Como pasan la mayor parte de su vida dentro de sí mismos, no piensan en la habitación. La casa de campo está muy bien situada..., el paisaje es bello; pero mi marido no ha pensado mas que en el jardín. Eso sí, el jardín es precioso y las flores de la canícula desbordan por todas partes. Hay un estanque, una gruta sombría, un bosque de dalias; vasos y pequeñas estatuas de mármol que destacan sus contornos graciosos sobre el fondo oscuro del follaje; pájaros que enseñan á los ruiseñores de Europa los cantos desconocidos de la India y la Australia... ¿Qué sé yo? Muchas cosas bonitas.

PEREGRIN GARCIA CADENA.

## BAILE DADO EN PARIS

POR EL MINISTRO DE MARINA.

(Actualidad.)

Una fiesta espléndida se acaba de celebrar en París y que formará época en los anales de la buena sociedad parisien.

En vez de largas descripciones que se harían pesadas, haremos una relación de la comparsa que constituía la fiesta y que representaba las cinco partes del mundo.

A las once se presentó en el salón dicha comparsa llamando la atención de todos los concurrentes. En primer lugar venía la Europa rodeada de todo aquello que caracteriza la parte del mundo mas civilizado y que no pueden disputarle las otras partes del globo, célebres por la belleza de sus mugeres.

Seguía el Asia, cubierta de diamantes, sobre un bellísimo trono rodeada de habitantes de Galconda, de Dheli, de Singapore y de las ciudades del Sol. El Africa ostentando el Koran y montada sobre un dromedario blandía el sable del profeta.

Después venía la América, una matrona rubia, dulce, muellemente recostada sobre una hamaca y rodeada de los Yowas, de los Comanches y Karibes; en fin, la Oceania con su cortejo de mineros y buscadores de oro y adornada de magníficas plumas.

Hé aquí una fiesta que quedará grabada en los anales del placer.

## DIÓGENES.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros suscritores es copia de un cuadro de Mr. Gérôme, que figura en primera línea en la magnífica galería de los señores Gouffier.

El asunto es un pasaje histórico bastante conocido; en él se retrata admirablemente la fisonomía del contemporáneo de Alejandro el Grande.

Diógenes dentro de su tonel y con la linterna encendida en medio del día que le sirve de guía para descubrir un hombre, se vé rodeado por los perros que discurren por las calles de Atenas, y se sorprenden ante aquella luz extraña.

## RECORT.

Les ones de la mar mons pèus banyaben;  
La lluna apareixia en l'horizont  
Y allà en la platja un mariner cantaba  
Com llarga queixa popular cansó.

Vo estava trist, tú á mon costad sentada  
Sobre el meu muscle descansant lo front,  
Estes paraules dolces murmuraves  
Ab l'argentina veu del rosinyòl.

«Jo sé 'l dolor que t'alligix, poeta,  
La melengia que 't desgarra el còr,  
Y per qué naixen de la teva llira  
Gemecs á conte de cansons d'amor.»

«Triunfs ambicions qu' hasta 'l cèl te putgen,  
Glòria que fasa resplandir ton nòm,  
Aplaus y víctors que de goig t'embriaguen  
Y vèrt llorer pera cenyir ton front.»



«Com águila capdal crehual volgueres  
El espay infinit y misteriós,  
Y sentarte en los núhols cuant d'esprada  
El tenyix l'últim resplandor del sol.»

«En la mar sumergir tes blanques ales,  
La terra atravesar de pòl á pòl,  
Y que la absorta multitud mirara  
Entre crits d'entusiasme lo teu vol.»

«Mes ¡ay! que son tons pensaments, poeta,  
D'anima juvenil ilusions d'òr,  
Que mustiará lo desengany un dia  
Com mustia l'aire del invèrn les flors.»

«En lo camí de la existència humana  
Un gran plaer encontrarás tan sòls;  
Si per buscarne uns altres ilusoris  
Desprecies eixe, cuant la horrible mòrt»

«Ab son bufit gelat la llama apague  
Que per tes venes difundix son fòch,  
Dirás en veu per l'agonía ronca:  
¿Qué's lo qu'ha tret de la existència jo?»

«Deixa els ensòmits, adorat poeta,  
Del mon la única ditja es el amor;  
Si un espay vòls pera volar, yo't done  
L'insondechable espay de lo meu còr.»

Y el teu alé me perfumaba el aire  
Mientras tons brazos rodejaban mon còll  
Unian, com tons llavis á mons llavis,  
No mes en una vida la dels dos.

Y á cada bes y á cada abraç que'm dades  
De gòig morintme repetia jo,  
Es veritat ¡oh verge idolatrada!  
La ditja d'este mon es el amor.

Y en tant les ones nostres pèus banyaben  
Y la lluna creixia en l'horizont,  
Y allá á lo llunt el mariner cantaba  
Ab mes alegre veu altra cansó.

FELIX PIZCUETA.

## RECUERDO.

Traducción de la anterior poesía valenciana.

Mis piés las ondas de la mar bañaban,  
Daba la luna su reflejo en ellas,  
Y el marinero con sentido acento  
Lejana entona, su canción amena.

Yo estaba triste; junto á mí sentada,  
Sobre mis hombros te apoyaste tierna,  
Y estas palabras murmuraste dulces,  
Con voz sencilla, de pureza llenas.

«Yo sé, poeta, de tu mal la causa,  
«Por qué te oprime la mortal tristeza,  
«Por qué en lugar de los festivos cantos  
«Tu lira brota doloridas quejas.

«Deseas triunfos, que hasta Dios te eleven,  
«Gloria á tu nombre, colosal, inmensa,  
«Locos aplausos, que de gozo embarguen  
«Y que tu frente laureada sea.

«El infinito y misterioso espacio  
«Cual águila tú, sondear quisieras,  
«Y entre las nubes dormirte sentada  
«Cuando en la tarde sobre el sol se elevan.

«Bañar tus alas en el mar tranquilo,  
«De polo á polo atravesar la tierra,  
«Y que la absorta multitud mirara  
«Tu rauda vuelo, de entusiasmo llena.

«Mas ¡ay! que son tus pensamientos, solo  
«Dorados sueños de ilusión, poeta,  
«Que hará secar el desengaño un día  
«Cual flor que el aire del invierno seca.

«En el camino de la vida humana  
«Solo hay un goce que encontrarse pueda;  
«Si ese desprecias por mentidos goces,  
«Cuando la muerte pavorosa venga

«Y con el frío de su soplo apague  
«La roja sangre de tus anchas venas,  
«Dirás con voz por la agonía ronca,  
«Mi vida ha sido como carga inmensa.

«Deja, poeta, tus dorados sueños,  
«La dicha solo en el amor se encuentra;

«Si espacio quieres do volar, te ofrezco  
«El ancho espacio do mi amor se encierra.»  
Y tu suspiro perfumaba el aire,  
Siendo tus brazos para mí cadenas,  
Tu puro lábio con mi lábio unias  
Y una tan solo nuestras almas eran.

Yo, mientras tanto, delirante y loco  
Entre tus besos y caricias tiernas  
Decía: es cierto, virgen adorada,  
«Solo la dicha en el amor se encuentra.»

Mis piés las ondas de la mar bañaban,  
La luna daba su reflejo en ellas,  
Y el marinero, con festivo acento,  
Seguía lejos su canción amena.

TERENCIO ATARD.

20 Diciembre 1865.

## DEL ORIGEN DE LAS COFRADÍAS

### Ó HERMANDADES RELIGIOSAS.

Muy equivocados se hallan, á nuestro juicio, los que creen que las cofradías ó hermandades religiosas tienen su origen en la devoción fervorosa de algunos particulares hacia determinado Santo ó venerable de culto autorizado por la Iglesia. Mucho antes del establecimiento del cristianismo, se hallan trazas de estas asociaciones piadosas en todos aquellos pueblos que tienen una religión establecida con ritos públicos sancionados y protegidos por las leyes. No otra cosa debieron ser en los pueblos de la antigua Grecia las asociaciones de los Coribantes, las de los iniciados en los misterios de Eleusis, y otras varias en que los paganos se reunían para dedicar sus ofrendas á determinada divinidad, que deseaban tener propicia, ó bien para difundir el conocimiento de verdades incomprensibles al vulgo, ó practicar ceremonias vedadas á los profanos.

Pero prescindiendo de lo que sobre este particular pudiéramos hallar, examinando la organización de otras naciones de civilización mas antiguas, vamos á referir lo que hemos encontrado en la sociedad romana, de la cual se deriva la nuestra mas inmediatamente como que de aquel pueblo rey, que paseó su estandarte victorioso por todo el mundo entonces conocido, provienen nuestro idioma, nuestra legislación y en mucha parte nuestra religión y costumbres.

La aristocracia que se apoderó del Gobierno de la antigua Roma, después de la espulsión de los Tarquinos y abolición de la dignidad real, puesto que solo los individuos del patriciado tenían por entonces ingreso en el senado, que era á donde residía el supremo poder, hubo de hacer frecuentes concesiones, forzadas unas y voluntarias otras, al pueblo, que pugnaba por abatir su preponderancia. Tales fueron el reparto de las tierras del Lacio entre todos los ciudadanos romanos, el nombramiento de los Tribunos, autoridad eminentemente popular y respetada, cuyos magistrados salían de la clase plebeya, la admisión de los individuos del orden ecuestre en el senado, y el derecho de asociación, que fue garantido por un Senatus Consulto. Fundáronse en aquella época las sociedades de los pobres (*Collegia Tenniorum*) y otras cuyos individuos se llamaban adoradores de Hércules ó de Júpiter (*cultores Hérulís, cultores Jovis*) tomando por tutelar el nombre de una divinidad pagana, bajo cuyo patrocinio especial se colocaban, exactamente lo mismo que nuestros cofrades bajo el de un santo á quien tributan especial culto y veneración, y hé aquí donde á nuestro entender debe buscarse el origen de nuestras modernas hermandades, cuyos estatutos conservan cierta semejanza con los de aquellas. Y que no podían menos de ser así, se comprenderá si reflexionamos sobre el estado de los primeros cristianos, los cuales para reunirse con alguna libertad y practicar su culto, burlando la persecución pagana, debieron al amparo del Senatus-Consulto antes citado, constituir sociedades análogas á las de sus perseguidores con un objeto aparente, caritativo ó piadoso.

La organización de aquellas sociedades nos es perfec-

tamente conocida, desde que se descubrieron en las excavaciones de la antigua Lanumio los estatutos de la titulada *Cultores Dianæ et Antinoi*, de los que daremos una brevísima noticia. Establéciese en ellos, que cada uno de los cofrades abonará á su ingreso en la hermandad 100 sesteracios y una botella de vino bueno y que pagará 5 cises todos los meses. Encárgase aquella de costear el entierro de los asociados, y si alguno de ellos deja este encargo designado á otro en su testamento, le abonará 400 sesteracios, cuyo donativo llamado *funeraticium*, es el importe de lo que costaba un entierro pobre. Los esclavos eran admitidos en la sociedad, y si al morir uno de ellos un amo despiadado é injusto no quería entregar su cuerpo para que se le enterrara como á los demás hermanos, se celebraban unos funerales en honor suyo y se tributaban los últimos deberes á su efigie. Celebraban, por último, los cofrades frecuentes convites en honra de sus divinidades y hermanos difuntos, y para evitar que en aquellos actos, que debían ser serios y graves, como convenia al fin para que fueron instituidos, se alterase el orden en lo mas mínimo, cometiéndose escesos hijos de la intemperancia, se impone una multa de 3 sesteracios al que se mueva de su sitio causando ruido, de 12 sesteracios á el que diga bromas ó necedades á sus compañeros y de 20 si éstas se dirigen al presidente. Tal es en resumen el reglamento de los adoradores de Diana y Antrino.

Los emperadores procuraron, en cuanto les fue posible, abolir el derecho de reunión; sin embargo, como tenían que apoyarse en la democracia, de la cual provenía su poder, necesitaban halagarla dando á entender que respetaban sus privilegios. Por esta razón, aunque prohibieron las asociaciones que creyeran mas peligrosas, como fueron las que se formaban entre los soldados, y las que tomaron por pretexto la religión, en lo cual se fundaron los procónsules de las provincias para perseguir á los cristianos, permitieron las sociedades establecidas en Roma para los funerales *Collegia funeraticia*, disponiendo al concederles su autorización, que no pudieran reunirse mas que una vez al mes, para pagar sus cuotas. El emperador Septimio Severo hizo extensivo á los vecinos de sus ciudades de Italia y demás del imperio el mismo derecho que tenían los de la capital de fundar sociedades, y Alejandro Severo las permitió también en los campos, donde tomaron el nombre de *Collumbaria* y se componían de esclavos y libertos. Ya por aquellos tiempos hacen memoria algunas inscripciones de una sociedad titulada *Cultores Verbi*, la cual debería componerse esclusivamente de adoradores del Crucificado, por cuya razón no dudamos en considerarla como la primitiva y mas antigua cofradía cristiana, cuya memoria se conserva. En estas asociaciones se refugiaron los primitivos fieles y con las cantidades que cotizándose modestamente reunían, pudieron llenar la tarea piadosa de proporcionar eclesiástica sepultura á sus difuntos, salvando de la profanación los sagrados cuerpos de sus mártires, y emprendiendo trabajos tan potentes como los de las catacumbas, donde pasado el año 257, en que Valeriano prohibió terminantemente sus reuniones, aboliendo las asociaciones para los funerales (*Collegia funeraticia*) hubieron de refugiarse á practicar ocultamente las ceremonias de su culto.

Así continuaron, hasta que encumbrada la religión cristiana al solio imperial con Constantino el Grande, pudieron ostensiblemente hacer alarde de sus creencias, y hasta convertirse en muchas partes de perseguidos en perseguidores, que tal es la condición humana. Establécíronse ya entonces públicamente cofradías como las de nuestros días, promovidas por los devotos de este ó del otro Santo, y mas particularmente por los de la Santísima Virgen María, objeto predilecto en todas épocas de la veneración de los cristianos, cuyo celo, especialmente el de los que pertenecemos ó la comunión católica, no se ha entibiado un momento, ni se entibará, en pro de la Divina Madre del Redentor del género humano.

C. R. ARELLANO.



## Á CELIA.

## SONETO.

Como faro de amor ví tu hermosura  
El ámbito del mundo iluminando,  
Y en mi doliente corazón sembrando  
Lumbre de amor angelical y pura.  
Aspirar deseé tanta ventura  
Solo en tu amor y tu beldad pensando,  
Mi alma en tu fuego virginal quemando.  
Embriagado en tu amor y tu dulzura,  
Para siempre perdí ya mi sosiego,  
Todo me causa padecer y enojos,  
Vivo abrasado en tu divino fuego  
Y juguete no mas de tus antojos,  
Y por tu amor enamorado y ciego  
Busco la luz de tus brillantes ojos.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

## LAS MADRASTRAS (1).

En este cuento vá á danzar una madrastra y por ende este cuento necesita un prologuito ó cosa parecida. Años hace escribí con el título de *La Madrastra* otro cuento que anda por esos mundos de Dios entre los de color de rosa. En aquel cuento tuve buen cuidado de advertir que no de todas las madrastras se debe decir: *madrastra el diablo la arrastra, ni madrastra, el nombre le basta*, porque las hay tan buenas como las mejores madres, y ahora me conviene repetirlo, porque si no... Ave María purísima, puede que me comieran vivo las madrastras suponiéndose ultrajadas.

Quien verdaderamente ultraja á las madrastras es su propio nombre, porque no se les podía haber dado otro que mas áasperamente sonara ni tuviese significacion mas ofensiva. ¡*Ma-dras-tra*! estas dos pícaras erres encerradas en estas dos últimas sílabas hacen en la lengua el efecto que el mal empedrado en los carruages. ¡*Madras-tra*! este nombre parece que significa madre bastarda, madre que no ha parido á sus hijos, madre mala, que es una de las cosas peores que puede ser una muger. No es, pues, tan injusto como á primera vista parece el pueblo que esclama: ¡*Madrastra! el nombre le basta*.

Yo formo muy mal concepto de las madrastras por el solo hecho de serlo, y entiéndase que nada de esto vá con los padrastros, á quienes el solo hecho de serlo recomienda no poco, porque recomendable es el hombre que toma sobre sí la paternidad y el amparo de los hijos de una viuda. Comprendo que un viudo con hijos pequeños se case, aunque eso de dar un padre madrastra á sus hijos es cosa que generalmente hablando no le recomienda mucho á las gentes de buen corazón: un viudo con hijos necesita una muger que gobierne su casa y reemplace hasta donde sea posible á la que él y sus hijos echan de menos. ¿Qué hará? ¿Tomar una criada? No siempre tiene medios para ello, no siempre una jóven honrada quiere vivir con un viudo, no siempre una muger mercenaria cuida bien la casa donde no hay muger propia. Así, pues, comprendo que un viudo con hijos se case, pero lo que no comprendo es que se case con un viudo con hijos una muger que no los tiene.

Un amigo mio enviudó quedándole un hijo pequeño, é hizo la tontería de volverse á casar. Eran él y la muchacha con quien se casó, personas de buen corazón, de carácter apacible y de inteligencia nada vulgar, y sin embargo la inocente y débil criatura, que Dios había colocado bajo su protección, y que de ser fruto del amor de ambos, hubiera sido un dulce vínculo que hubiese unido mas y mas sus corazones, fue muy pronto la manzana de la discordia en aquella casa.

Antonia, que así se llamaba la madrastra, cuidaba

y trataba al niño con el esmero y el amor de la mejor de las madres, no sé si porque se lo aconsejaba su razón ó porque se lo exigía su corazón.

La mejor de las madres se incomoda á veces con sus hijos, les riñe y aun les pega, y todo con razón en concepto de casi todas las gentes, aunque no en el mio, pues yo no encuentro nunca razón bastante para que se pegue á los niños. Antonia hacia lo que hasta las mejores madres suelen hacer: reñía algunas veces al niño y le daba tal ó cual manotazo de aquellos de que se dice: «manotazo de madre que ni hueso quebranta ni saca sangre.» Manuel, que así se llamaba su marido, lo llevaba muy á mal, y arrebatado de enojo, le arrojaba á la cara frases como estas:

—¡Ya se conoce que no le has parido tú!—Al fin madrastra.—¡Si levantara la cabeza la que le parió!...

Exasperada Antonia con estas reconvenções, que realmente no merecia, empezó á aborrecer á su marido y aun al inocente niño, y la casa se fue convirtiendo en un infierno.

Yo trataba con mucha confianza á aquella familia y un día cogí á solas á Manuel y le dije:

Veo que tu muger y tú no sois dichosos, á pesar de que sois buenos y os casasteis por amor y no por interés. Los hombres tenemos el deber de ser generosos é indulgentes con las mugeres, por lo mismo que nosotros somos fuertes y ellas débiles. ¿Por qué no eres tú indulgente con Antonia que, cualquiera que sea su carácter, está muy lejos de ser mala?

—Mira, me contestó Manuel, yo queria mucho á mi hijo cuando vivía su madre, y lo quise mucho mas desde que le ví huérfano. Me volví á casar creyendo que en Antonia recobraríamos mi hijo y yo la muger que los dos habíamos perdido y echábamos de menos, y con volverme á casar no sé si he hecho infeliz á mi hijo, pero sí que me lo he hecho á mí mismo. La idea de que Antonia es madrastra de mi hijo no se aparta de mí un instante. Si Antonia castiga al niño, veo en ella á la madrastra, si le riñe, veo á la madrastra también, y hasta cuando le halaga me parece que sus halagos no tienen mas objeto que ocultar la hostilidad de madrastra que guarda en su corazón.

Prediqué largamente á Manuel á fin de convencerle de que la prevención y la desconfianza que le atormentaban y con que atormentaba á su muger, eran injustas é insensatas, y así que cogí á solas á Antonia la emprendí también con ella.

—Ese niño, la dije, no tiene mas madre que tú, y tanto él como su padre tienen derecho á exigir de tí que reemplaces á la que le parió. ¿Quieres y tratas á esa pobre y débil criatura con el cariño y el esmero con que le tratarías si fueras su propia madre?

—Te aseguro, me contestó Antonia llorando, que comprendiendo el deber que me recuerdas traté en un principio al niño como si fuera hijo mio, pero hoy tengo que hacer un gran esfuerzo para no maltratarle, porque le voy aborreciendo.

—Pero, Antonia, considera por Dios que tal aborrecimiento es irracional é injusto.

—Lo conozco, pero no lo puedo remediar. En primer lugar, veo que Manuel me paga con ingratitud cuanto hago por su hijo, y en segundo, cada vez que veo al niño recuerdo que Manuel ha querido á otra muger y que el niño se la está recordando siempre. Muchas veces dicen las personas que vienen á visitarnos: «¡Jesus, que niño tan hermoso! ¡Es el vivo retrato de su pobre madre!» Decir delante de mí esto, es clavarme un puñal en el corazón. Cada vez que veo á Manuel contemplando al niño, se me figura que Manuel está pensando en su primera muger, y padezco lo que no es decible. En fin, como tengo yo una invencible antipatía al niño, me sucede con cuanto hace el niño lo que le sucede á Manuel con cuanto hago yo, que aunque el niño haga santos, me parece que el niño hace diablos.

—Pero muger, cuando te casastes ya sabías que tenia un hijo Manuel.

—Es verdad, como Manuel sabia que yo habia de ser madrastra de su hijo; pero las teorías son una cosa y la práctica otra. En teoría es cosa muy linda y poética aquello de «este pobre niño que no tiene madre la tendrá en mí, pues yo le querré y cuidaré como si fuera mi hijo, y él me querrá como si yo fuera su madre, y su madre bendecirá desde el cielo á la que la ha sustituido en la tierra;» esto es muy hermoso dicho, pero del dicho al hecho hay gran trecho.

Convencido de que todos mis sermones no bastarian para devolver la felicidad á Manuel y Antonia, desistí de ellos, rogando á Dios que alejase otra nueva desgracia de aquella desventurada familia.

Lo que yo temia era que Manuel tuviese familia de su segundo matrimonio, y esta desgracia, que era la gorda, no tardó en sobrevenir, pues Antonia dió á luz un niño.

Muy pronto entraron las disputas sobre cuál de los dos niños era mas hermoso, cuál tenia mas gracia, cuál era mas listo y cuál mas dócil. Para Antonia, Pepito (así se llamaba su hijo) era tan superior en todo á Juanito (así se llamaba su hijastro), que hasta la comparación la heria y desesperaba, y para ello tenia dos razones: primera, que Pepito era hijo suyo y Juanito no lo era, y segunda, que aborrecía á Juanito y hasta á la madre que le parió.

Manuel era imparcial con los dos niños, porque tan hijo suyo era uno como otro, y como veía que Antonia no apreciaba su imparcialidad y prudencia, se irritaba y daba á todos los diablos y hasta se iba inclinando á Juanito, por la única razón de que un sentimiento natural nos inclina á los débiles y desamparados.

Juanito y Pepito armaban una pelotera sobre la propiedad de una pelota, y se arañaban y ponían el gritó en el cielo, y Pepito acudía á su madre, diciéndole que Juanito le habia pegado, en tanto que Juanito se aguantaba en su rincón los arañazos, porque no tenia madre á quien pedir justicia ni amparo, y Antonia, si era que no iba á buscarle para reventarle de una patada, como ella decia, aunque no le daba tan fuerte, halagaba y consolaba á su hijo besándole y limpiándole las lágrimas al compás de estas dulces palabras: Tú tienes la culpa por jugar con esa hiena.... ¡Si tiene mala sangre para que sea bueno!...

¡Figurémonos la que se le pondría al pobre Manuel con estas indirectas del Padre Cobos!

Daba la casualidad de que Juanito era mas amable, mas gracioso, mas mono que Pepito, y las gentes que visitaban la casa, ó encontraban en la calle á Antonia y Manuel cuando iban de paseo con los niños, acariciaban mas á Juanito que á Pepito, ó á Antonia se le figuraba que le habian acariciado mas.

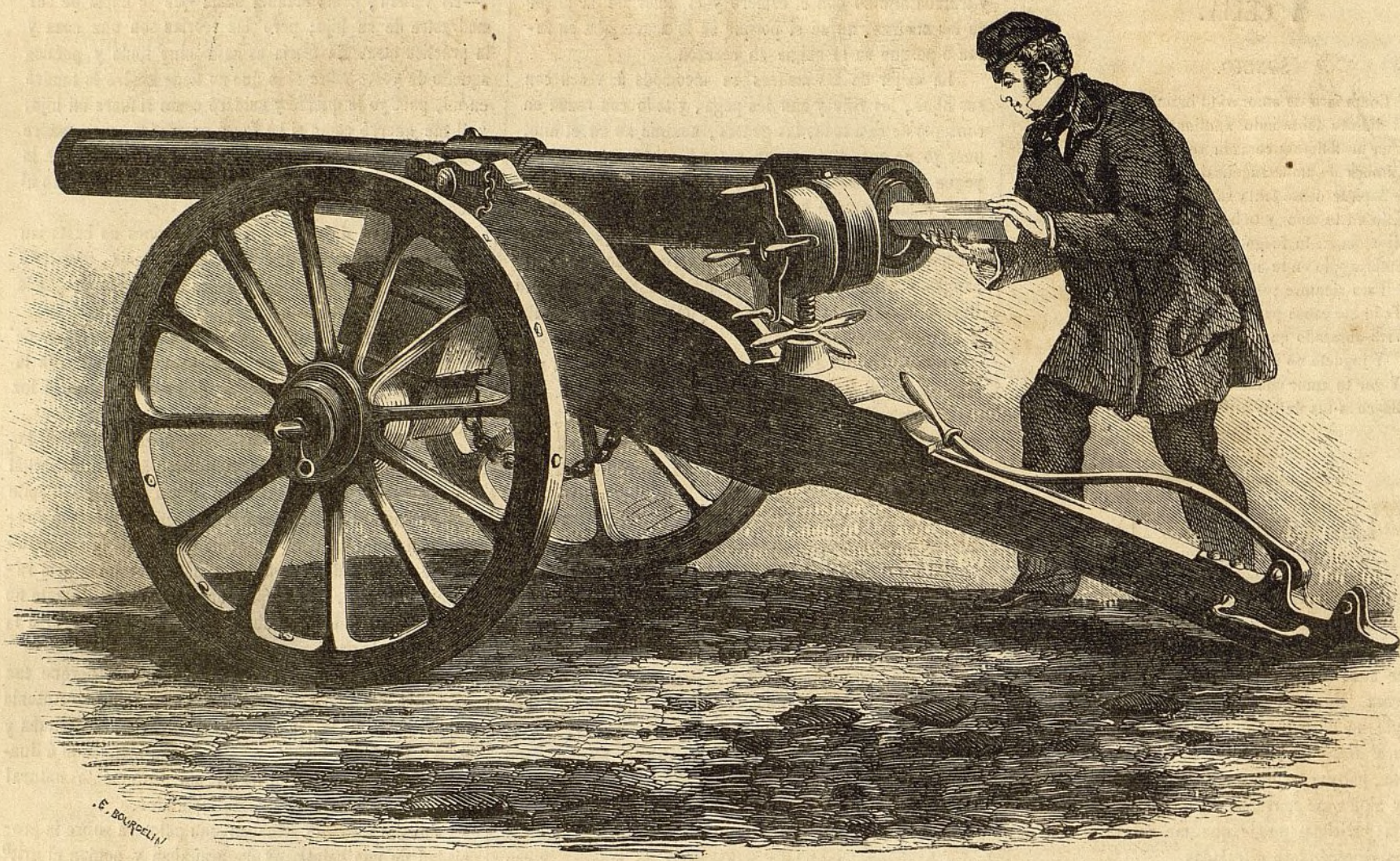
¡Aquí te quiero ver, escopeta! Ya se vé, esclamaba Antonia cuando quedaba á solas con su marido, ¡como ven que todas tus gracias son para ese trasto, y las gentes son monos de imitación!... ¡Como ese mocoso es un hipócrita zalamero, y el otro pobre sabe á su madre, que no le gusta decir ni hacer mas que lo que siente!... ¡Como ven que su padre pone siempre cara de herege al chiquitín como si no fuera tan hijo suyo como el grandullón!... ¡Hi! ¡hi! ¡hi! la culpa me tengo yo que no me eché un cordel al cuello antes de casarme con este pícaro hombre!...

Y con estas y las otras, el diablo se llevaba la comida ó el paseo, y Manuel por no hacer un disparate se iba como loco por esas calles de Dios, y gracias que no se iba adonde alguna picarona le consolase con su suavidad de la aspereza de su muger, y entre tanto el pobre Juanito á solas con su madrastra llevaba cada zurribanda que cantaba el misterio, sin que su madre, que le contemplaba desde el cielo, pudiese acudir en su auxilio por mas que el pobre chico gritaba cada vez que recibia un tantarantán: ¡Ay, madre mia de mi alma y de mi corazón!

¡Viudos que teneis hijos y andais buscando novia, leed y temblad! Pero tengo que dedicar algunos ren-

(1) Este artículo precede á un cuento de la colección inédita que con el título de *Cuentos de vivos y muertos*, dará á luz dentro de pocos días el editor de las obras del Sr. Trueba, D. Leocadio Lopez.





CAÑON WHITWORTH.

glones á las buenas madrastras, que hay madrastras buenas aunque parece mentira, y aunque son tan contadas como los Padres Santos de Roma. Las hay, y yo conozco una, que trataba á sus hijastros (¡qué pícaramente me suena esta palabra!) como si fueran hijos propios. Ante estas madrastras yo me quito el sombrero con tanta admiración y amor, y gratitud y respeto, como me le quito ante la mas santa de las madres....

Esta salvedad, esta advertencia que hago inspirado por mi amor á la verdad y la justicia, tiene un inconveniente muy grave, y es que todos los viudos que traten de volver á casarse van á creer que les ha de tocar á sus pobres hijos una de las madrastras ante quienes me quito yo el sombrero.

—¿Y qué motivos tiene V., se me dirá, para temer que los viudos se guien por tan absurda lógica?

—Yo se lo diré á VV.: la humanidad es tan egoísta é irracional en sus cálculos, que siempre espera las maduras y nunca las crudas. Bilbao tiene veinte mil habitantes. Si aparece un Profeta en la cumbre de Peruarantzaco gritando: Esta noche van á morir veinte bilbainos; no habrá un bilbaino que diga, aunque se sienta enfermo, ¿si seré yo uno de esos? Pero si el Profeta grita: Mañana le vá á tocar el premio gordo de la lotería á un bilbaino, que no habrá un bilbaino no diga, aunque no haya jugado á la lotería: ¿Si seré yo ese?

Así como quien no quiere, me he dejado decir que conozco á una madrastra buena. Pues no teman VV. que me arañen las madrastras so pretexto de que he hablado mal de ellas, que no habrá una siquiera que no crea que es ella la madrastra buena que he dicho conozco.

Hay en Madrid un puente que lleva el nombre de Segovia, y este puente tiene á un lado y á otro estensos lavaderos que están continuamente poblados de lavanderas de oficio y particulares. Hay una palabra cuya significación ignoro, pero que irrita, subleva, indigna á todas las lavanderas de las orillas del Manzanares. Cuando algun chusco ó mal intencionado grita desde lo

alto del puente de Segovia: ¡Todas! Todas, absolutamente todas las lavanderas de ambas orillas del rio, exhalan un grito de indignación y prorumpen en amenazas é improperios contra el que ha pronunciado aquella palabra, que lo mismo puede significar *todas sois unas santas*, que *todas sois unas bribonas*.

Queriendo yo probar una vez mas lo que vengo sosteniendo, esto es, la facilidad con que la humanidad se aplica la escepcion, me fuí un dia al puente de Segovia y grité desde lo alto: ¡Casi todas! Ninguna lavandera se alborotó ni dió señales de enojo, porque todas digieron para sí: *yo estoy comprendida en el casi*.

Pues bien, señores viudos con hijos que andais buscando novia ó la teneis ya ojeada, ¿creeis que está guardadita para vuestros pobres hijos una de las madrastras ante quienes me quito yo el sombrero? Cá, esa la guardo yo para dársela á mi mayor enemigo.

ANTONIO DE TRUEBA.

## CAÑON WHITWORTH.

Hace pocos años descubrió Mr. Whitworth el cañon que lleva su nombre, y que algunos creen superior al cañon Armstrong. En este sistema las piezas rayadas desde la boca al fondo del ánima, se cargan por la culata y los proyectiles tienen diferente forma, segun los efectos que se deseen alcanzar.

El dibujo que publicamos en este número representa un cañon de á 12, fácil de manejar por su poco peso; pero de alcance poderoso.

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros suscritores, que ha entrado á formar parte de la colaboración de nuestro semanario el Excmo. Sr. D. Serafin Estévez Calderon, distinguido escritor conocido por

el seudónimo de *El Solitario* y que hacia algunos años estaba alejado de la literatura.

Con orgullo vemos agrupados al rededor de nuestra publicación cuantos en la corte y provincias se dedican á las bellas letras, honrando de este modo con su firma las columnas de EL MUSEO LITERARIO.

## EL MUSEO LITERARIO.

Hemos recibido varias cartas de muchos de nuestros apreciables suscritores, preguntándonos el modo de descifrar el acertijo que insertamos en el núm. 7; pero atendida su originalidad y con el objeto de reservarnos su explicación para otro, solo diremos que en las líneas se lee claramente

UN OJO EN EL SITIO DE SAGUNTO.

Se desea comprar un tomo del primer año del MUSEO LITERARIO y los números 5 y 7 correspondientes al año 1.º, época II, de los dias 4 y 18 de Setiembre de 1864.—En la administración del periódico pueden presentarse los que deseen venderlos.

Los señores suscritores que no han abonado el importe de suscripción dejarán de recibir los números desde el inmediato.

Por todo lo no firmado:  
LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.